

Al que Mucho se le Perdona, Mucho Ama

Un sermón por el Rev. E. Venema

Lectura Bíblica: Lucas 7:36-50

Salterio 351: 1,2

Salterio 140: 1-4

Salterio 198: 7

Salterio 124: 1-4

Nuestro texto se encuentra en Lucas 7: 44, sólo estas palabras: “¿Ves esta mujer?” Con la ayuda de Dios, vamos a considerar lo siguiente:

- 1. Una mirada dentro del corazón de esta mujer,**
- 2. Una mirada dentro del corazón de Simón.**
- 3. Una mirada dentro del corazón de Cristo.**

Congregación, quisiéramos considerar uno de los momentos más conmovedores de la vida de Cristo durante Su tiempo aquí en la tierra: Su encuentro con una mujer pecadora que lloraba. Cuando la ves allí sentada a los pies del Mediador, quien está profundamente conmovido, es como si se oyera un murmullo: “*No te acerques; quita tu calzado de tus pies, porque el lugar en que tú estás, tierra santa es*” (Éx. 3:5). En efecto, esta es tierra santa, pues no sólo se podía oler el aroma a nardo de la caja de ungüento rota de la mujer, sino que aquí un pecador podía oler el amoroso aroma del trabajo mediador de Cristo. Aquí, en este lugar, Dios es exaltado a lo sumo. Sí, este lugar es un punto alto para el Mediador durante su camino penoso y doloroso sobre la tierra. Aquí, es como si Le hubieran dado un vaso de agua fría. Oh, ¡cuántas cosas experimentó Cristo en la tierra! Se volvió un extraño para Sus hermanos y fue deshonrado por todos. Fue despreciado por el mundo y burlado por el mundo religioso que no Lo entendía.

Pero ahora, aquí en la casa de Simón, ¡una comida de amor estaba preparada! No por Simón ni por Sus discípulos, sino por Dios el Padre. Es Él quien envió a esta mujer a Su hijo con su caja de ungüento. Y cuando la ves acercarse, sus ojos están rojos de llanto. Sus manos temblorosas llevan la caja de amor, pues es todo lo que tiene.

Ella abre la caja cuidadosamente. Y entonces, de repente, está de pie en medio de esa

importante reunión. Sus ojos buscan, y entonces Lo ve a Él, el más Hermoso de los hijos de los hombres. Pero, por desgracia, no hay ningún lugar junto de Él. Simón reposa junto a Él, y los demás lugares también están ocupados. No hay lugar para una mujer así, no por Simón ni por el resto de los invitados. Pero Cristo se ocupó de eso. Había dejado el mejor lugar para ella: ese lugar a Sus pies benditos.

Oh, ¿ves ahora a esta mujer? ¿Puedes notar que se acerca y se postra Sus pies? Allí rompe la caja de alabastro a Sus pies. Es más, sus ojos son esa caja de alabastro. ¿La ves? Se doblaba aún más y pronto seca los pies del Mediador con su largo cabello. Todos en el salón están asombrados. Pero Cristo estaba muy impresionado con lo que la mujer estaba haciendo, y llamó al cielo y a la tierra como testigos como si estuviera diciendo: “¿Ves esta mujer?”

En primer lugar esta es una palabra para Simón, pero al mismo tiempo es una palabra para cada uno de nosotros. Esta palabra suena a través de las edades y también en la casa de Dios hoy. “¿Ves esta mujer?” Es como si Jesús presentara a esta mujer como Su esposa. “¿La ves? Esta es mi esposa a quien he elegido. La puliré como a una perla de mi corona de Mediador.”

¿Ves esta mujer? Allí yace a los pies de Cristo. Se burlan de ella. Pero pronto será protegida por Cristo y cuando su travesía se complete, ira al altares de Dios. Entonces sonará de su boca: “¿Ves a este Fiador? Me ha comprado con una compra Divina, con Su sangre”.

Bien, entonces consideremos esta conocida historia juntos. En nuestros pensamientos iremos a la casa de Simón el fariseo. Ha preparado una comida y hay muchos invitados muy importantes. Estas son personas de renombre, con fama y honor. Pronto todos los espacios son ocupados. Todos se sientan en su lugar, ¡también Cristo! Sin embargo, Él espera, pues aún falta uno de los invitados, no un invitado de Simón, sino de Dios el Padre. Y ya viene. Ella es una mujer, pero Cristo la trae a plena luz. Mientras todos están mirando en asombro y Simón condena sus acciones, Cristo toma su caso y les dice: “¿Ves esta mujer?”.

¿Quién es esta mujer? Es desconocida, pues su nombre no fue registrado para nosotros. Pero eso no importa, pues su nombre está escrito en letras de oro en el Libro de la Vida. Algunos han

pensado que se trata de María Magdalena. A primera vista, en efecto pareciera que es ella la que está llorando a los pies de Cristo. También está registrado de María Magdalena que sus lágrimas fluyeron libremente al contemplar a Cristo. Sin embargo, no importa cuántas similitudes pudiera haber con esta mujer, no era María Magdalena. Ella tuvo un pasado triste, donde siete demonios la habían oprimido por todas partes. Pero el pecado en el cual había vivido esta mujer era uno del cual María Magdalena había sido guardada.

Nuevamente, hay otros que dicen que esta mujer era María, la hermana de Marta y Lázaro. En efecto, ese lugar a los pies de Cristo no era un lugar extraño para María. Ella también ungió los pies de Jesús con un ungüento precioso, pero tenemos que decir que esta mujer tampoco era María, pues ella ungió los pies del Mediador justo antes de Su sufrimiento mediador y Su muerte, pero esta mujer realizó su obra al principio de Su servicio oficial.

¿Quién es esta mujer entonces? No podemos dar una respuesta a esa pregunta. El Señor Mismo ha ocultado su nombre, así que queda sin nombre a través de los siglos. Oh tú entre nosotros, también sin nombre, ¿ves a esta mujer? ¡Despreciada y olvidada! Posiblemente ves tu propia imagen allí. Oh, sepan que ella podría haber sido olvidada y despreciada por el hombre pero no por Dios. Su nombre está escrito con el oro más fino en el registro de la gracia libre. Ella es contada con aquellos que cantan de Su grandeza. Por lo tanto Cristo se conmueve mucho cuando ve a esta mujer. Después de todo, Él reconoce que es una que el Padre Le ha dado. Por lo tanto, cuando la puerta se abre y ella entra, es como si el Padre le dijera a Su Hijo: “¿Ves esta mujer?” Oh, ¿quién puede comprender la profundidad del amor en el corazón de Cristo hacia esta mujer? Él alegremente dejó la mejor comida que Le habían ofrecido en la casa de Simón. Él conocía una comida y una bebida diferentes. En la casa de Simón Él satisfizo Su sed con las lágrimas de la mujer y en esa casa Su hambre fue satisfecha por su olor piadoso. Por lo tanto Cristo no está avergonzado al reconocerla como Su esposa frente a todos los invitados.

¿Ves esta mujer? El ojo natural no puede ver que ella ya viste el más hermoso vestido de novia. Es un vestido de humildad. Sus lágrimas son perlas que brillan a la luz de los rayos del sol. ¿No es

algo de lo que se puede estar celoso? ¿No ha recibido ella un lugar especial para presentar su petición? Aunque no dice una sola palabra, sus lágrimas son más que las palabras más hermosas. Su caja de alabastro produce un aroma más hermoso que el de las palabras más elocuentes.

¿Ves esta mujer? El libro de la vida está cerrado para ti y para mí, pero está abierto para Cristo. Él la conoce mejor que Simón, sí, incluso más de lo que esta mujer puede conocerse a sí misma. Él conoce su condición. Solo una pequeña parte de su vida nos es mostrada aquí. ¡Ella es una pecadora! Oh, todos somos pecadores y quizá somos aún más orgullosos cuando decimos eso de nosotros mismos. Pero esta mujer no lleva ese nombre con orgullo. Oh no, pues su pasado es un profundo dolor para ella. ¿Ves sus ojos rojos a causa del llanto? ¿Quién podrá decir cuántas lágrimas ha derramado en privado? ¿Cuál es la causa de aquellas lágrimas? Ella ha vivido una vida completamente pecaminosa, en la inmundicia de su pecado como Rahab la ramera. Amados, si el Señor abre nuestros ojos, no somos mejores que esta mujer. Esto se manifiesta, incluso en nuestros sueños, ¡quién y qué es el hombre por naturaleza! El poeta canta por lo tanto: “Contra mí prevalecen las iniquidades (Salterio 170)”. Eso es verdad, pero, sin embargo, quizá el Señor nos ha guardado de caer en el pecado flagrante. Pero esta mujer, quien ahora llora sus lágrimas sobre los pies de Cristo, tiene un pasado donde vivió en el pecado como un pez en el agua. ¿Hay alguna duda de porqué Simón la odia? ¿Es de extrañar que esta reunión piadosa en la casa de Simón se asombre de que Cristo la reciba?

¿Ves esta mujer? Ella es amada por Cristo. Es exactamente ella quien sería parte de la Iglesia, la esposa de Cristo. Aunque tenía un pasado pecaminoso, sus pecados serían lavados por Su sangre. Al final iría a su casa como una paloma con alas de oro. Pronto habrá felicidad por ella en el cielo. Aún más, Cristo dejó el cielo y se puso en el lugar más humilde por ella. Pues Él se arrastró en el polvo y por ella murió. Ella es inmunda a causa de sus pecados y aún está negra por la esclavitud del pecado, pero en la sangre de Cristo pronto será limpia.

Podría preguntarte cómo llegó esta mujer a este grupo. Podemos decirlo en una palabra: ¡es una maravilla de la gracia libre! También podrías decirlo de esta manera: por gracia se ha convertido en

estudiante de la escuela de la oración. Y quien se convierta en un estudiante así no comenzará en el grado más alto. Una persona así es feliz con el lugar más insignificante. En ese lugar nace lo que la Palabra de Dios nos describe, esto es, una tristeza según Dios que produce arrepentimiento para salvación (2 Co. 7:10). ¿Quién podrá decir todo lo que ella experimentó antes de derramar sus lágrimas allí?

Quizá el libro de tu vida está abierto aquí. Piensas en el principio cuando esa escuela de la gracia se abrió para ti y se convirtió en una escuela de la oración. Todo tu corazón clamó a Dios día y noche y no descansaste más. Tus lágrimas eran como la caja de alabastro de la mujer: ¡una caja rota! Y de esa forma el corazón se rompe en esos momentos.

¿Ves esta mujer? Llegó un momento cuando ella ya no pudo quedarse en su aposento; tenía que salir. Pero ¿a dónde iría? Ella debió haber oído de Cristo. Aquello que era necesidad para el hombre natural se convirtió en la razón de su vida. Con su culpa tan grande como una montaña y con su vida, la cual se había perdido por el pecado, ella vino a Él. Así es conducida por el Espíritu de Dios a la casa de Simón. ¿Puedes verla yendo? Lleva su caja de alabastro y busca su camino en las calles de la ciudad, sin descanso hasta encontrar la morada de Simón.

Los invitados ya han entrado y la puerta está cerrada. Pero ella temblando agarra la manija y con toda humildad abre la puerta. Allí está, sin haber sido invitada ¡y en una reunión tan piadosa! No hay lugar para que se siente en una reunión así. ¿Puedes ver sus ojos llorosos posarse sobre el adorable Fiador? ¡Cuánto desea ella estar con Él! Pero todos los lugares están ocupados. Pero contempla esta maravilla: no hay lugar y, sin embargo, ella recibe el mejor lugar: el lugar a los pies de Cristo. Todos aquellos que asisten a la escuela de la oración reciben un lugar. Unos tienen un lugar en la ventana, como Daniel, y otros tienen su lugar en el vientre de un pez, como Jonás. Pero esta mujer recibe el mejor lugar en la escuela de la oración. Ella puede contemplar a su Maestro en todas partes. Puede verlo en Su bondad condescendiente. Ella Lo ve como su gran Protector. Puede ver Sus ojos de amor. Puede ver Sus manos. Es una dicha poder pasar tiempo en la escuela de ese modo, en la escuela de la oración y luego a Sus pies. Para esta mujer, es una maravilla. Pero para

Cristo también es una hora de felicidad. Él contempla a esta mujer completamente diferente de como la ven los demás invitados. Contempla a esta mujer como una de las que Su Padre Le dio. La ve como Su esposa y le ama con amor eterno.

Aunque esta mujer no había sido invitada por Simón, ella había recibido una invitación. Es el Espíritu de Dios quien la condujo y son los ojos de amor del Padre los que la atrajeron. Después de todo, Él ha venido a buscar y a salvar lo que se había perdido. ¿Ves esta mujer recostada en ese dichoso lugar? Me gustaría poder ponerlos celosos de esta mujer. Aunque todo pareciera estar en su contra y aunque su vida entera pudiera testificar contra ella, posee algo que no puede ser comprado con dinero. Ella puede estar a los pies de Jesús, aun con toda una vida de pecado. Pronto estará por delante de muchos. Cuando las campanas de la muerte suenen para ella también, habrá un lugar para ella en la fiesta de bodas del Cordero. Allí se le dará un asiento para siempre a los pies de Cristo.

¿Ves a esta mujer? Permanece en silencio, y su silencio es una perla que brilla. Después de todo, quien se sienta a los pies de otros se muestra a sí mismo como inferior. Sólo los sirvientes se sientan allí y saben que son dignos de ser pateados por esos pies. Ella viste ropas de humildad y luto. Se siente digna de ser pateada, y por lo tanto se sienta a Sus pies.

¿Ves a esta mujer? Hace un excelente trabajo. ¡Llora! Oh, ¡cuántas lágrimas son derramadas en esta tierra! Pero muchas de esas no son recogidas en la botella de Dios. Sin embargo, esta mujer llora unas lágrimas que no se perderán. Solloza con un corazón quebrantado. Sus ojos son como fuentes de agua. Sus lágrimas caen a los pies de Cristo, y luego ella seca sus pies con su largo cabello. Para cuantas chicas y mujeres esto se ha convertido en un acto imposible. No tienen el cabello largo que Dios les dio como adorno. Aun si quisieran, su cabello no alcanzaría los pies de Cristo.

¿Ves esta mujer? Sí, ¿la ves o no?, tú que escuchas atentamente hoy, ¿Puedes ver como finalmente besa los pies de Jesús? Es una prueba de su amor. Ella quería besarlo enteramente. Aun si Él se la quitara de encima, ella aun besaría sus pies. Toma su preciosa caja de alabastro y vierte el

ungüento sobre Sus pies, para que toda la sala se llene de la fragancia de los aloes, sí, del más precioso nardo. Es una fragancia de amor, de humildad y de mansedumbre.

¿Ves esta mujer? No, no es el hombre quien llama la atención hacia ella, sino es Cristo Mismo quien la apunta con Su dedo. Lleno de emoción, Él dice: “¿Ves esta mujer?” Y esas palabras suenan a través de todas las eras. Son oídas hoy aquí en la casa de Dios. Estas palabras apuntan a ti y a mí y ponen el dedo en nuestro corazón. ¿Ves esta mujer? Sí, tú, mi amigo, y tú, joven en medio de nosotros. Tú que estás en la parte trasera de la iglesia, ¿ves esta mujer? Es una mujer malvada, ¡quizá más malvada que tú! Pero ahora considera, ella ha ido al Reino de los cielos, pero ¿serás tú echado fuera?

Tú que temes al Señor, también se te pregunta: ¿Ves esta mujer? ¿Ves tu imagen otra vez? Quizá fue hace años. Nunca olvidarás esa hora en la que una flecha de amor atravesó tu corazón. Así como esta mujer, viniste a la escuela de la oración. La ruptura con el pecado fue completa en ese momento. Oh, ¡cuánto lloraste en ese momento y cómo cargaste esa caja de alabastro de amor con tus manos temblorosas! Todos lo que sucedió en ese momento esparció la fragancia del nardo. Todo era tan sincero: tu asistencia a la iglesia, tu lectura de la Biblia, tus cantos y oraciones. Quizás anhelas regresar a ese lugar una vez más.

¿Ves esta mujer? No tiene pensamientos elevados acerca de sí misma, pues es una mujer pecadora. Pero Cristo la mira con otros ojos. Para Él también ella es pecadora, pero una pecadora que besa Sus pies.

2. Una mirada en el corazón de Simón

Simón está asombrado de lo que estaba tomando lugar en su casa. Después de todo, Él la conoce; todos la conocen. Es una mujer de la calle. Todos la apuntan. Simón participa en el coro de voces: “¿Ves esta mujer?” No, él no lo dice en voz alta, pero no hay ni un solo pensamiento bueno en su corazón hacia esta mujer. Quizás reconoces a Simón en tu círculo, o quizás Simón vive en tu propio corazón. Cuán dolorosa puede ser la condenación del hombre. No, me temo que ella no

tendría un lugar muy bueno entre nosotros hoy en día. ¿Quién se atrevería a sentarse junto a ella? ¿Quién se atrevería a tomar un lugar más bajo que el de ella? Oh, cuán destructivo puede ser la mirada de nuestros ojos, ¡cuán afiladas pueden ser nuestras palabras! ¿Ves esta mujer? Es una persona que no es digna de vivir, sino pertenecer a la condenación eterna. Este es exactamente el juicio de Simón hacia esta mujer.

¿Quién es este Simón? Es un fariseo prominente, ¡una persona inocente en sus propios ojos! Él cumple su deber. Él da a cada quien lo que le debe. No olvida su asistencia a la iglesia. Se asegura de no participar en actividades erróneas. Tampoco es una persona sin sentimientos. Invita a Cristo a cenar con él. Algunos piensan que era un leproso que había sido curado por Cristo de una manera milagrosa y ahora quería mostrar su agradecimiento. ¿Qué mejor manera de hacerlo que ofrecerle a Cristo una comida?

Cambemos de imagen. ¿Ves a este Simón? ¿Lo reconoces? ¿Lo ves en el banco de la iglesia hoy? ¿Lo ves sentado en el trono de tu corazón? No es una persona sin sentimientos. Oh, él es un fiel asistente a la iglesia. Sí, es una persona de gran estima. Ora cada día y lee su Biblia. No tiene nada que ver con actividades mundanas. Todo esto está bien, pero ¿cuáles son sus motivos?

Es justo la persona a quien la Biblia llama fariseo. ¿Ves a Simón en tu corazón? Oh, quizás no conoces la culpa, y el corazón contrito es una cosa extraña para ti. Simón invita a Cristo a su casa, pero no para honrarlo. Resulta que Simón está en el trono. ¡Entonces Cristo no es el invitado más importante, sino Simón! Hay muchas personas con este tipo de religión. Hay personas muy piadosas que oran a Dios y a Cristo, pero lo hacen con el objetivo de ser algo en sí mismos.

La hora del agradecimiento de Simón ha llegado. Todo está listo, y en tus pensamientos puedes ver a los invitados acercarse. Son personas de mucha estima, decentes y ordenadas. En nuestros días, veríamos asistentes de la iglesia, ancianos y ministros. Veo a Simón de pie en la entrada de la sala de banquetes. Incluso Cristo viene a Simón, ¡a Simón! Finalmente el último invitado ha entrado y todos toman su lugar. Simón piensa que tiene el mejor lugar, ¡justo al lado de Cristo! Una persona como Simón no sabe nada del lugar más bajo. En nuestros días, vemos que estos Simones siempre

son convertidos, ¡nunca sin fe y esperanza y siempre en las alturas!

Pero luego esta mujer llega. ¿La ves, mi atento oyente? Ella entra en esta distinguida reunión, sin ser invitada ni esperada. Y algo que nadie se atrevería a pensar toma lugar. Ella va hacia Simón, a la cabecera de la mesa, donde están los invitados más importantes. Sin embargo, pasa a Simón y se inclina a los pies de Jesús, y allí realiza su hermoso trabajo. Nadie se atreve a decir una palabra. Pero los pensamientos se multiplicaron aún más. Esta palabra nos da un vistazo en el corazón de Simón. Las mismas palabras que Cristo dijo, resonaban en el corazón de Simón: “¿Ves a esta mujer?”

Entonces las dudas empiezan a surgir. No, Simón no tiene dudas sobre esta mujer, sino sobre Cristo. Más y más preguntas surgen en su corazón. “¿Ves a este Fiaador? ¿Es de verdad un profeta? Si es así Él ciertamente sabría quién es esta mujer”. De acuerdo a Simón, es imposible que estas dos cosas puedan ir juntas: esta mujer y este profeta, y su conclusión es condenatoria. “Este, si fuera profeta, conocería quién y qué clase de mujer es la que le toca, que es pecadora”.

¿Escuchaste lo que dijo? “Esta mujer”, dice Simón en su corazón. Y eso suena tan desdeñoso, “¡*Esta* mujer!” Pero aún más, habla y piensa con desdén acerca de Cristo también. En la estima de Simón, Cristo ni siquiera es digno de un nombre. “¡Este!” dice él. “¡Este, si fuera profeta!” De acuerdo a Simón, Él no podría ser un profeta, pues de otro modo ciertamente no tendría nada que ver con esta mujer. Yo creo que los descendientes de Simón aún no han muerto. Moran entre nosotros. Sólo tienes que mirar a esa mujer del modo en que Simón lo hizo. Seamos honestos, por naturaleza todos somos enemigos de la verdad que nos predica que los malvados son justificados gratuitamente.

En nuestro estado natural, pensamos que sólo los jóvenes ricos y personas celosas como Jehú son admitidos en la escuela de la oración. A veces este Simón vive en los corazones de los verdaderos discípulos de Jesús. No quieren que una mujer vaya llorando detrás de Jesús. Cuando Cristo cerró las puertas de la escuela al joven rico, esos mismos discípulos lloraron, llenos de asombro: “¿Quién, pues, podrá ser salvo?”

Incluso en la vida de descubrimiento del pecador, Simón puede levantarse en el corazón. Invitamos a Cristo y somos el pueblo de Su dominio. No lo decimos, pero a veces pensamos que sabemos el mejor lugar en la escuela de la oración. Oh, como podemos ver, tal persona está ciega en cuanto a Cristo. Simón no conoce a Cristo, aunque estaba dentro de su casa. Aunque está sentado al lado de Cristo, sin embargo, no Lo conoce. Leemos a menudo de esto en la palabra de Dios, sobre fariseos que piensan que ven pero están ciegos.

Sin embargo, ¡qué rica imagen de Cristo tiene esta mujer! ¿Ves esta mujer? Desde el lugar más bajo ella mira a Cristo. Está conmovida, contrita, entristecida y llora. A través de sus lágrimas ella Lo ve como el más Hermoso entre los hijos de los hombres. Y lo más grande es que Cristo la tiene bajo Su protección. Él se levanta como un León majestuoso y mira a Simón, mientras al mismo tiempo apuntaba a la mujer. Entonces esas palabras llenas de amor fueron dichas: “¿Ves esta mujer?” Con esas palabras Cristo también probó que era profeta. Aún más, Él es *el* Profeta, pues Él conoce incluso los pensamientos más profundos en el corazón de Simón. Su desdén y dudas son conocidos por Cristo. Por lo tanto esta palabra se oye muy castigadora para Simón: “¿Ves esta mujer?”

Es por esta razón que Cristo habla de la parábola de los dos deudores. Uno debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Cómo ninguno de los tenía con que pagar, la deuda de ambos fue perdonada. Ahora bien, Cristo pregunta a Simón: “Di, pues, ¿cuál de ellos le amará más?” Y entonces, cuando Simón da su respuesta, Cristo apunta a la mujer. Luego los compara, a Simón y a la mujer. Simón no le había dado agua para lavar Sus pies, pero esta mujer lo hizo con sus lágrimas. Simón no Lo saludó con un beso, pero esta mujer no cesaba de besar Sus pies. Simón no ungió la cabeza del Señor con aceite, pero esta mujer derramó su caja de alabastro sobre los pies de Cristo. Qué vergüenza para Simón, pero que lección es para todos nosotros. ¿Puedes ver los, uno al lado del otro, a Simón y a esta mujer? Debes encontrar tu imagen en uno de ellos.

¿Ves ésta mujer? Por gracia ella se ha convertido en una estudiante de la escuela de la oración y por lo tanto ella llora. Por lo tanto lleva su caja de alabastro y por esta razón ella se inclina

profundamente. ¿Piensas que estás sentado junto a ella? O, por gracia, ¿has aprendido a inclinarte más bajo que ella? Ese es el secreto de la escuela de la oración. Mientras mejor posicionado estés, más bajo te inclinarás. Mientras más llores, más de la fragancia del ungüento de amor produces. Y si escuchas atentamente, en la escuela de la oración cantan la canción que es enseñada por el mismo Maestro: la cantaremos del **Salterio 198, las estrofas 1 y 7**.

3. Una mirada en el corazón de Cristo

Entremos en la casa de Simón una vez más. La comida aún no se ha tocado. Todos están impactados, mirando a esta mujer a los pies de Jesús. Ella aún está ocupada con su labor de amor y sus lágrimas fluyen libremente. El ungüento esparce una fragancia muy agradable, y en los pensamientos sagrados, por decirlo así, vemos cómo Cristo toma el caso de esta mujer pecadora. Las palabras se oyen muy solemnes: “¿Ves esta mujer?” Estas palabras, sobre todo, nos dan una mirada en el corazón de Cristo. Él es el Maestro de justicia. El enseña en la escuela de la oración. Sus estudiantes se sientan en el lugar que les pertenece. Y entonces empieza la invaluable instrucción: “¿Ves esta mujer?”.

No sería cosa fácil para un profesor si un vagabundo, vistiendo ropa desgarrada, súbitamente entra en el salón; alguien que necesita ser lavado y que está infectado de pulgas. ¿Dónde debería sentarse? ¿Quién quisiera compartir su asiento con él? Pues ahora aquí en la escuela de la oración, Cristo no está desconcertado sobre donde debería sentarse tal estudiante, incluso en una reunión tan piadosa. Lo que estoy diciendo es que es un honor para Cristo reunirse con ella en la escuela de la oración. Sí, Él la usa como ejemplo: “¿Ves esta mujer?” Ella sigue llorando, pero pronto todas las lágrimas de sus ojos serán secadas. Sobre su cabeza habrá felicidad eterna. Todavía ella está llorando, pero cuando se vaya, recibirá abundante consuelo. Llegó vestida de pecado, pero pronto tendrá un nuevo vestido.

¿Ves ésta mujer? Sí, Simón la ve y está asombrado de que Cristo tenga algo que ver con ella. Pero está aún más asombrado cuando escucha la voz de la Sabiduría decir: “Tus pecados te son

perdonados”. Según Simón esto es imposible. Todos están diciendo dentro de sí mismos: “¿Quién es este que puede perdonar pecados?” Noten que se refieren a Cristo con la palabra “este”. Todos los pecados de la mujer caerían sobre los hombros de su Fiador. Luego esta mujer es redimida, y su Fiador se convertiría en maldición por causa de sus pecados. ¿Ves este Fiador? Él lleva toda la maldición y el juicio de esta mujer. Se burlan de Él y sin embargo, Él muere por ella. Efectivamente, Cristo es amigo de los pecadores y de los publicanos.

¿Ves ésta mujer? En lo que ella se ha convertido ha sido a través de su Maestro. Así ella se irá a su casa, no desconsolada sino animada, por así decirlo, por las manos amorosas de Cristo. Ella recibe, “gloria en lugar de ceniza”, y “manto de alegría en lugar del espíritu angustiado” (Is. 61:3).

Mira, ahí va la mujer. ¿Puedes verla irse? Antes de llegar a la puerta recibe un mensaje que se llevara con ella: “Tu fe te ha salvado, ve en paz”. Ella puso en práctica la fe sin siquiera darse cuenta. Ella fue a ese lugar por fe y se sentó a sus pies por nada más que fe. Su llanto y su trabajo de ungir los pies de Cristo fueron por fe. Cuán maravillosamente ella llega a esta escuela de la oración. Todo es por la gracia libre, y no hay nada del hombre en ello. Y sin embargo, el Rey de la Iglesia pone la corona, por así decirlo, en la cabeza de sus hijos. Él le dice a la mujer mientras se va: “Tu fe te ha salvado”. Cuán asombroso debió haber sido para ella oír esto. “¡Tu fe!” ¡Y ahora salvada! En nuestros pensamientos la vemos irse por la puerta. Es como si la escucharas cantar en su corazón, “Gran paz tienen aquellos que aman Tu perfecta ley”. Si, en efecto, ella se va en paz. Ahora va a su propia morada, pero pronto, cuando la travesía de su vida llegue a su final, ella ira a una mansión de muchas moradas.

¿Ves ésta mujer? Ustedes, mis amigos inconversos que viajan a la eternidad, ¿pueden verla? Has escuchado sobre ella todo el día y el mensaje de la gracia gratuita te ha sido proclamado también. Ahora la pregunta aún permanece para ti si, por gracia, ¿te has convertido en un estudiante de la escuela de la gracia? Una de las dos cosas es verdad. O eres como Simón o eres como esta mujer. O eres un estudiante de esta escuela o aún vives fuera de las lecciones enseñadas en esta escuela. Cuando te vayas a casa hoy, ¿qué respuesta dará tu corazón a esta pregunta? Qué terrible

sería si te vas y sigues por tu propia cuenta. Puedes poseer todo, y como Simón, ser rico en el mundo, tener grandes tesoros y no tener necesidad de nada y sin embargo, perder el tesoro más grande, el que esta mujer encontró. Piensas haberlo encontrado todo y sin embargo, la verdad es que no estás feliz con lo que no es nada. Espero que estas palabras no sólo se vayan en el viento, sino que esto haga eco en tu corazón hoy: “¿Ves esta mujer?” Oh, qué dichosa es esta mujer y qué triste condición en la que te encuentras si permaneces inconverso. Qué maravilloso sería si regresaras a casa y por primera vez, asistieras a la escuela de la oración, donde lloraras en tu aposento por causa de tus necesidades.

Jóvenes, quizás a veces se sientan como si ir a la iglesia fuera cosas de viejos, pero eso es un gran error. El Señor también te habla a ti hoy: “¿Ves esta mujer?” Ella es un ejemplo para ti, un ejemplo de advertencia, para que no escojas los caminos en los cuales esta mujer andaba anteriormente. Si lo haces, ¿qué remordimiento sentirás después? Pero hay más: esta palabra también dice que hay perdón para incluso el más grande de los pecadores. Si el Señor ayudó a esta mujer, ¿no será Él capaz de ayudarte? Imagina que mueres esta noche y que no conoces al Fiador de tu alma. ¡Qué terrible final para ti sería este!

Para aquellos que no son extraños a esa vida: ¿Ves esta mujer? Oh, qué grandioso futuro recibirán esas personas. En este mundo son personas afligidas e inclinadas; aquí son pobres y afligidas. Pero pronto irán de la escuela a su morada celestial, y magnificarán al gran Maestro y Salvador para siempre.

Amén.